

Crisis del capitalismo: callejones sin salida y transiciones postcapitalistas

José Antonio Zamora. Instituto de Filosofía. CSIC. Madrid

RESUMEN

Este texto analiza la actual crisis como una crisis estructural y las dificultades por ahora insalvables para encontrar una salida en el marco de una economía capitalista. A continuación, presenta una serie de interpretaciones que ven en esta crisis el signo de un capitalismo terminal. Aunque estas interpretaciones fueran erróneas, la crisis revela la existencia de caminos intransitables que conducen a callejones sin salida: el crecimiento, el trabajo asalariado y la producción de "población sobrante". Finalmente, el texto analiza los aspectos centrales que deberían caracterizar las transiciones postcapitalistas.

ABSTRACT

This text analyzes the current crisis as a structural crisis and the difficulties so far insurmountable in finding a way out within the framework of capitalist economy. Next, it presents a number of interpretations that identify this crisis as the sign of a terminal capitalism. Even if these interpretations were wrong, the crisis reveals the existence of end-roads that lead to blind alleys: growth, wage labor and the production of "surplus population". Finally, the text analyzes the central aspects that should characterize post-capitalist transitions.

La crisis de la economía mundial que siguió al crack de 2008 no puede ser calificada de crisis coyuntural. Vivimos sumergidos en una crisis estructural de carácter sistémico que afecta a las tendencias profundas de valorización del capital¹ y que no parece tener una clara salida a la vista. La estabilización de los Estados en crisis no ha conseguido una reactivación de la coyuntura a escala global. El peligro de deflación, el desempleo o la recesión siguen marcando la actualidad después de diez años. Las iniciativas y estrategias para fomentar el crecimiento se vuelven cada vez más desesperadas e ineficientes.

Sin embargo, a la vista de los retos sociales, ecológicos y políticos que la crisis ha puesto sobre la mesa, ya no basta la crítica de las desigualdades, en cuyo aumento desorbitado economistas como Thomas Piketty (2014) o Joseph Stiglitz (2014) ven una amenaza para la reproducción del sistema. Con algo más de igualdad y de control por parte del Estado, con un capitalismo políticamente "aplacado" por la sociedad, no es posible dar respuesta a esos retos. Las tendencias a la polarización social, a la destrucción ecológica o la sobreacumulación provienen del núcleo estructural de la economía capitalista.

Esto vuelve tanto más urgente la cuestión de la transición a una sociedad postcapitalista. Con todo, pensar esa transición de manera no abstracta exige primero entender del modo más objetivo posible el verdadero carácter de la crisis que vivimos, reconocer los callejones sin salida que representan falsas salidas a la misma e intentar apuntar los caminos por los que evitar, si fuera posible, un colapso o, al menos, por los que saldríamos de él de una manera no (auto-)destructiva.

Crisis y ¿vuelta atrás?

La crisis mundial de mitad de los años 1970 representó un momento crucial y un punto de no retorno para las condiciones de revalorización del capital en los países capitalistas desarrollados. La etapa anterior se había caracterizado por una acumulación acelerada acompañada de pleno empleo, de un crecimiento de los salarios en consonancia con los crecimientos de la productividad y de la construcción de Estados del bienestar basados en el pacto social de posguerra.

Sin embargo, en los años siguientes, la sobreacumulación de capital, persistente a pesar de los vaivenes coyunturales, condujo a un desempleo

¹ El concepto "valorización" se refiere a la producción de plus-valor a partir del valor abstracto que se genera en la producción de mercancías con el objetivo de invertirlo, aumentarlo y acumularlo. Un objetivo que en el modo de producción capitalista se convierte en la condición *sine qua non* tanto de la producción de bienes y servicios como de la reproducción material de la vida de los individuos sociales. Si no hay beneficio la producción colapsa y la reproducción social se ve amenazada.

estructural, a un desacoplamiento de la evolución de los salarios respecto a la evolución de la productividad, a la creación de nuevas formas de contratación en las franjas de bajos salarios y a un progresivo desmonte o debilitamiento del Estado social. La tónica general que ha presidido esta etapa ha sido una insuficiente rentabilidad de las inversiones agregadas de capital para ampliar la producción. En lo fundamental esta tendencia sigue vigente hasta hoy, a pesar de todos los esfuerzos realizados desde entonces para contrarrestarla.

Unos de los efectos reconocidos de esta sobreacumulación estructural y de la insuficiente rentabilidad de las inversiones fue el desplazamiento de los capitales no reinvertidos en el sector productivo hacia los mercados financieros, que por esa razón experimentaron un desarrollo vertiginoso. Favorecidas por la desregulación, dichos mercados produjeron sucesivas burbujas especulativas en las que los activos financieros alcanzaban una rentabilidad muy por encima de las tasas de beneficio de la producción industrial, sobre todo desde mitad de los años 1980. Los intereses de los inversores financieros adquirieron así un influjo creciente tanto sobre la evolución del sector productivo como sobre las políticas económicas de los Estados. La desregulación también contribuyó decisivamente a generar una presión crediticia volcada en posibilitar y forzar el consumo de las familias y los Estados debilitado respectivamente por los recortes salariales y por la disminución de los ingresos fiscales. La crisis financiera del 2008 provocada por el hundimiento de los productos basura fruto de esta presión crediticia y representados por las *subprime* conduciría, por su parte, a una nueva crisis de sobreproducción.

Pero esa crisis financiera no ha caído del cielo como un meteoro extraterrestre. Con el comienzo de la crisis de sobreacumulación en la década de 1970 se volvieron hegemónicas las doctrinas económicas que solemos aglutinar bajo el término de "neoliberalismo", unas doctrinas que influyeron poderosamente en las políticas económicas y sociales de la mayoría de gobiernos. El conjunto de estrategias y medidas económicas impuestas por las políticas neoliberales tenían un objetivo fundamental: restablecer las tasas de beneficio y relanzar la acumulación de capital (con crecimiento económico). Un factor fundamental para el logro de este objetivo consistió en quebrar el compromiso de clases de posguerra y romper el equilibrio de fuerzas entre la masa de asalariados y el poder del capital en favor de este último. Debilitar a las organizaciones sociales de los asalariados que habían dado soporte a dicho compromiso y luchaban por su mantenimiento pasó a presidir la agenda

El conjunto de estrategias y medidas económicas impuestas por las políticas neoliberales tenían un objetivo fundamental: restablecer las tasas de beneficio y relanzar la acumulación de capital (con crecimiento económico)

política. Ese debilitamiento permitió la imposición progresiva de recortes salariales, el desmonte o debilitamiento del Estado social, la eliminación de las regulaciones que ponían ciertos límites a los intereses del capital, así como la ampliación de su poder sobre el Estado y el conjunto de la sociedad.

Las nuevas tecnologías favorecen la construcción de un capitalismo en red

La otra línea fundamental de política económica neoliberal para restablecer las tasas de beneficio tiene que ver con la reducción de costes de producción y distribución por medio de la reestructuración de los procesos productivos y de comercialización gracias a la incorporación de las nuevas tecnologías y de los avances en logística y transporte. A partir sobre todo de la década de 1990 hemos asistido al desarrollo de un conjunto de estrategias de deslocalización y externalización empresarial, de reorganización de la división internacional del trabajo, intensificación de la innovación tecnológica y su incorporación a la producción, de automatización y robotización, etc., así como a una transnacionalización de la explotación del trabajo a nivel global por medio de la traslación de aquellos tramos de la producción industrial y manufacturera más intensivos en mano de obra a países con salarios más bajos y, en general, de la construcción de un capitalismo en red (Castells, 1997 y 2006) que permite una organización flexible tanto de las inversiones y su financiación como de las estructuras de producción y gerencia empresarial y de las cadenas de comercialización y distribución.

El desarrollo de redes de producción transnacional, las nuevas formas de trabajo basadas en las TIC, la extensión e intensificación de la penetración capitalista de la sociedad (privatización de servicios públicos y sectores económicos estratégicos), la mercantilización y configuración tecnológica de amplias áreas del trabajo, de la cotidianidad, del medio ambiente y, finalmente, del cuerpo y el psiquismo de los individuos a través de las redes sociales, la transformación de los Estados sociales en Estados competitivos, la reorganización de las relaciones de clase y de género, así como la profunda fragmentación de la sociedad, ... la implementación de todas estas transformaciones para afrontar la crisis del modo de regulación fordista da cuenta del inmenso despliegue realizado durante cuatro décadas y revela al mismo tiempo la profundidad de las contradicciones sistémicas a las que se enfrenta el capitalismo en su etapa actual, sobre todo si tenemos en cuenta el amenazante horizonte de "estagnación secular" pronosticado tanto por muchos de sus críticos (cf. Roberts, 2016), como por algunos de sus defensores (p.ej., Lawrence Summers, ministro de finanzas de EEUU en 2013, el Foro de Davos o el Banco Mundial. Cf. Kurgman, 2013).

Las esperanzas de que la revolución digital podría relanzar el crecimiento económico y consolidar un nuevo régimen de acumulación estable y sólido han resultado ser vanas esperanzas. La dificultad para que las expectativas

puestas en la “nueva economía” se cumplieran en un renovado impulso de acumulación intensiva proviene de que las nuevas tecnologías han establecido unos estándares de productividad y racionalización que disminuyen considerablemente la necesidad de fuerza de trabajo. El estándar de productividad digital basada en las TIC (tecnologías de la información y la comunicación) ha llevado por primera vez a una insuficiente producción de valor. Las empresas punteras del capitalismo digital destruyen más empleo del que crean y solo han conseguido atraer una parte de la demanda solvente, pero no aumentarla en la medida necesaria como para relanzar el crecimiento económico. En realidad, el problema sigue siendo el mismo que provocó la progresiva sustitución del aprovechamiento real del capital en la economía productiva por una economía insustancial del endeudamiento y de las burbujas financieras. No puede sorprender que el negociado más rentable de la General Motors o de Fiat sea su división financiera, ¿pero por cuánto tiempo?

Con todo, contemplando todo este proceso desde el horizonte de la crisis actual, podemos decir que el evidente fracaso de las políticas neoliberales por lo que respecta a su objetivo fundamental no ha menoscabado su hegemonía ni revertido sus efectos sociales o políticos. Tampoco la crisis que sufren las formaciones sociales capitalistas desde el 2007 ha conducido a la conformación y consolidación de movimientos sociales y políticos suficientemente potentes como para poner dicha hegemonía seriamente en peligro. Ni los movimientos altermundistas ni los escasos gobiernos cuyas declaraciones programáticas decían enfrentarse a dicha hegemonía han demostrado capacidad para sustraerse a ella o debilitarla de manera sustancial.

Sin embargo, las medidas de salvamento de los bancos implementadas a partir de 2008 solo han conseguido impedir *in extremis* un colapso del sistema financiero y una segunda Gran Depresión, cuyas consecuencias hubieran sido catastróficas para el conjunto del sistema, pero no han resuelto los problemas de fondo que están en el origen la crisis. La mayoría de los títulos basura se han depositado en los llamados “bancos malos” o creaciones similares siguiendo una estrategia de desplazamiento temporal de la destrucción de los valores ficticios y, sobre todo, de traslación de los costes de esa destrucción a los contribuyentes vía deuda pública, lo que supone un lastre para la capacidad de inversión de los Estados y de consumo privado.

A esta misma estrategia sirven las medidas de los bancos centrales con políticas de bajas tasas de interés o de sobreoferta de dinero en algunos países. El resultado de este “intervencionismo neoliberal” ha consistido en un

Las esperanzas de que la revolución digital podría relanzar el crecimiento económico y consolidar un nuevo régimen de acumulación estable y sólido han resultado ser vanas esperanzas

crecimiento exorbitado de la deuda de los Estados (el mercado global de bonos se ha disparado desde 2008 y ahora rebasa los 100 billones de dólares). En algunos casos su solvencia financiera ha quedado seriamente dañada, con el consiguiente aumento de su dependencia frente lo que se denomina “el poder de los mercados (financieros)”, que siguen imponiendo agendas políticas marcadas unilateralmente por los intereses del capital. Lo que se ha producido por medio de ese “intervencionismo” es un vaciado de la sustancia social del orden democrático a través de un sistema de saqueo organizado conjuntamente por las élites económicas y políticas.

¿Por qué resulta extremadamente difícil salir de esta crisis?

De un lado, la creciente desigualdad de ingresos sofoca la demanda de bienes y servicios. La redistribución hacia arriba resultado de décadas de políticas económicas neoliberales volcadas en imponer recortes salariales y en favorecer la financiarización ha generado una alianza perversa entre la caída

La redistribución hacia arriba resultado de décadas de políticas económicas neoliberales ha generado una alianza perversa entre la caída de la demanda y la disminución de las inversiones productivas

de la demanda y la disminución de las inversiones productivas, lo cual tiene efectos palpables sobre el crecimiento económico. Por otro lado, los estándares materiales de vida en las economías desarrolladas han alcanzado unas cotas en las que resulta lógica la aparición de tendencias a la saturación o, en todo caso, existen dificultades objetivas para mantener un crecimiento ilimitado del consumo, lo que termina afectando a la demanda y reforzando la propensión a la estagnación. A la falta

de estímulo a la inversión proveniente del insuficiente crecimiento de la demanda se suma el hecho de que, en las economías desarrolladas, el stock de capital ya es muy elevado.

Además, la caída de la inversión pública en infraestructuras y en educación/investigación a causa del alto endeudamiento y la carga en gastos sociales refuerza la tendencia a la estagnación y debilita los avances en la productividad. Por su lado, los efectos de esta tendencia sobre las tasas de crecimiento no permiten reducir el desempleo medido en horas de trabajo por año –tan solo sustituir desempleo por subempleo– e impiden también por esa vía un crecimiento de la demanda. A su vez, el exceso de oferta en los mercados de capital favorece la reaparición de burbujas de crédito y especulativas. Pero sin crecimiento, sin aumento de la producción y el empleo, ni aumentan los ingresos del Estado ni disminuyen sus gastos, con lo que difícilmente se puede rebajar la deuda. Incluso intereses por debajo de cero no consiguen que un mundo con una población laboral estancada o en contrac-

ción y sin avances en la productividad vuelva a la senda del crecimiento. Todo parece indicar que la economía capitalista está atrapada en contradicciones de muy difícil salida.

¿Es posible escapar a este atolladero con un nuevo pacto social que incluya un giro radical de la política monetaria, la política fiscal y la política estructural? Un sector de la socialdemocracia crítico con el curso neoliberal de las últimas décadas promete un horizonte de pleno empleo como resultado de una expansión del gasto estatal destinado a inversiones públicas y a una transformación cualitativa del consumo de masas. En todo caso, reconocen, aunque sea de manera genérica, que el crecimiento económico y la eliminación de la desigualdad en el reparto de los ingresos deberían vincularse a una transformación más profunda que apunte hacia una forma de vida social y ecológicamente sustentable, aunque por lo general no van más allá de una opción por las energías renovables y por la reducción de emisiones y residuos. ¿Bastaría con una reducción drástica de la desigualdad de ingresos y riqueza, con una restricción de la flexibilización empresarial y social, con una disminución de la precarización del empleo y de las rentas asociadas a propiedad mobiliaria e inmobiliaria y con una imposición de cargas fiscales a los flujos financieros internacionales? ¿Cómo destruir la masa de capital muerto si recurrir a medios “extraordinarios” como fue la Segunda Guerra Mundial en relación con la Gran Depresión? ¿Cómo conseguir que el reconocimiento del valor real de las propiedades mobiliarias e inmobiliarias no tenga repercusiones sociales indeseables? ¿Cómo mantener las obligaciones de los Estados en temas como las pensiones y las prestaciones sanitarias prescindiendo de nuevos y mayores endeudamientos? ¿Cuánto puede durar la política de ganar tiempo sustentada en las medidas de los bancos centrales de ofrecer liquidez a los Estados? Buena parte de las respuestas a estas preguntas se juega en torno a una cuestión crucial: ¿Estamos ante el final del capitalismo?

¿Tiene futuro el capitalismo?

La tan citada frase de Fredric Jameson de que “es más fácil pensar el *fin del mundo* que el *fin del capitalismo*” reflejaba bien el equilibrio de fuerzas sociales y políticas durante las décadas de hegemonía de la ideología neoliberal y la sensación de que, tras la caída del muro, el capitalismo carecía de alternativa. Si esa frase merece ser revisada hoy, desde luego no tanto porque la balanza haya sufrido un vuelco a favor de las fuerzas sociales que pretenden liquidar el modo de producción capitalista, sino, en todo caso, por las contradicciones internas que amenazan la supervivencia del sistema. El “final del capitalismo”, bien por incapacidad de superar sus propias contradicciones, bien como resultado de la insostenibilidad de los efectos sociales, ecoló-

gicos y políticos de su dinámica depredadora, ha dejado de ser la ensoñación de algunos intelectuales o movimientos antisistema que resistían a contracorriente la propaganda triunfalista neoliberal, para convertirse en un horizonte posible. Independientemente de la duración de ese "final", no faltan razones para hablar de un "capitalismo terminal" (C. Taibo, 2016). Según esta tesis, ya no estaría en cuestión tanto el final mismo, cuanto el cómo y la duración de su descomposición, derrumbe o colapso. Con todo, existen diferentes perspectivas para acercarse a la cuestión del final del capitalismo, que conviene conocer aun sin pretensión de exhaustividad.

Diferentes perspectivas sobre el final del capitalismo.

1. Elmar Altvater (2012), por ejemplo, centra su análisis en la contradicción socio-ecológica inmanente del proceso de producción capitalista. En la producción capitalista existe una relación de tensión entre el proceso de trabajo y el proceso de revalorización. La producción de valores de uso y el empleo de la capacidad transformadora del trabajo está supeditada a la producción de valor abstracto. Esta supeditación refleja una relación contradic-

Cómo será posible una transición desde un sistema industrial sobre la base de energías fósiles a un sistema post-fósil. "El proyecto de futuro no es ni neoliberal ni keynesiano. Es solar y solidario. Y, por lo tanto, socialista" (Altvater, 2010)

toria con las cualidades singulares y concretas de la naturaleza. Despliega una transformación de la naturaleza hasta ahora desconocida en cantidad e intensidad (desarrollo de las fuerzas productivas, de nuevas necesidades, de nuevos productos, ...) que refleja una alta dependencia de la naturaleza. Pero la ley del valor hace abstracción necesariamente de esa dependencia y de las singularidades espacio-temporales de la naturaleza. Esta es la razón de que la

producción capitalista socave y destruya sus condiciones sociales y naturales de posibilidad: es ciega desde el punto de vista ecológico.

Además, E. Altvater formula la **destrutividad ecológica** del proceso productivo capitalista por medio de la conceptualidad de la termodinámica. Según esta conceptualidad, existe una contradicción entre la circularidad o reversibilidad de ciclo del capital y la irreversibilidad de las transformaciones de la energía y la materia (segundo principio de la termodinámica: decreciente cualidad y usabilidad de la energía con su transformación). Esta contradicción se puede abordar mientras las formaciones capitalistas disponen de un afuera que suministre materiales y energía, así como vertederos. Con la universalización planetaria del capitalismo esto queda limitado. La tierra sigue siendo un sistema termodinámico abierto, pero el efecto invernadero de la emisión de gases está poniendo serias dificultades a la emisión del calor al espacio.

Últimamente Altvater tematiza el colapso del capitalismo tal como lo conocemos de resultados de la confluencia de las contradicciones del régimen de acumulación y de un golpe externo: el agotamiento de las reservas fósiles, sobre todo del petróleo, y de la sobrecarga de los sumideros naturales de las emisiones por la combustión de derivados del petróleo, el gas o el carbón. La crisis energética y la climática están relacionadas entre sí. El alcance de este agotamiento proviene del hecho de que, para Altvater, entre el modo de producción capitalista y las fuentes fósiles de energía existe un vínculo no meramente accidental. Lo decisivo, desde esta perspectiva no serían las contradicciones internas y las crisis de acumulación, por muy importantes que sean, sino sobre todo los límites externos que impone la naturaleza. El problema es cómo será posible una transición desde un sistema industrial sobre la base de energías fósiles a un sistema post-fósil. Desde luego no dentro de una forma de producción y consumo capitalista: "El proyecto de futuro no es ni neoliberal ni keynesiano. Es solar y solidario. Y, por lo tanto, socialista" (Altvater, 2010, 246). Lo que, desde su perspectiva, incluye un Estado verdaderamente controlado por la ciudadanía y un mercado, esto es, un intercambio de mercancías mediado por el dinero, como mecanismo de coordinación de la satisfacción de las necesidades.

2. Por su parte, I. Wallerstein (2010), teórico del sistema-mundo capitalista, lleva tiempo argumentando que nos encontramos en la segunda fase de un ciclo de Kondratieff, esto es en una fase de estagnación. Dado que el ciclo económico negativo coincide, según él, con una crisis sistémica, el capitalismo se encamina inevitablemente hacia su **colapso**. En ciertos aspectos la crisis actual es similar a las de otros momentos históricos, como la Gran Depresión o el período entre 1893 y 1896. Lo que la distingue de crisis anteriores es que las posibilidades reales de acumulación han llegado a su límite. El problema de la disminución de las tasas de ganancia se ha resuelto en la historia del sistema capitalista mundial a nivel local mediante el aumento de la eficiencia, la innovación tecnológica o la reducción de los salarios.

En la actualidad esos métodos no resultan ya eficaces. La contracción de los beneficios y las dificultades probablemente insuperables para asegurar la acumulación empezaron a manifestarse en los años 1970, a lo que se han ido añadiendo los límites geográficos, demográficos y ambientales de la expansión del sistema-mundo, la creciente polarización entre el centro y la periferia, la desaparición de la clase media y las capacidades de integración en descenso en el centro (desmantelamiento del estado de bienestar debido a la competencia agudizada, ...). Todo esto es interpretado por I. Wallerstein como un preanuncio del final del capitalismo. Wallerstein compara la situación de comienzos del siglo XXI con el colapso del sistema feudal europeo entre mediados del siglo XV y mediados del siglo XVI y su reemplazo por el capita-

lismo. Sin embargo, para él ese final nada dice sobre lo que vendrá después. Todas las posibilidades están abiertas. Nos encontramos ante una "bifurcación". El capitalismo terriblemente injusto que hemos conocido puede ser sustituido por un sistema todavía más extremo, más polarizado y más jerárquico. Pero también sería posible un sistema descentralizado, igualitario, sostenible y desmercantilizado. Davos versus Porto Alegre (Wallerstein, 2010, 134ss). El compromiso político de cada individuo será decisivo para cuál de los dos caminos de desarrollo se tome. Si los movimientos sociales democráticos, los sindicatos, los partidos políticos, los científicos, etc. son lo suficientemente fuertes como para imponer una democratización de la economía, se tomará el primer camino de desarrollo. Si prevalecen las fuerzas antidemocráticas, se producirá un desarrollo autoritario. En todo caso, I. Wallerstein sostiene que, una época de enorme desestabilización como la actual, el factor de la "libre voluntad" adquiere una significación de la que carece en tiempos "normales", de modo que aumenta la capacidad de influjo de pequeños grupos con voluntad de transformaciones radicales.

3. Sin embargo, para **Wolfgang Streeck**, director emérito del Instituto Max Plack de Colonia, el capitalismo colapsará menos por sus contradicciones intrínsecas de expansión excesiva que por la descomposición en tendencias a largo plazo que se refuerzan mutuamente, esto es, por lo que él llama los tres

Lo que vendrá después de la crisis final del capitalismo no será un socialismo ecológico y solidario, sino un largo período de transición caracterizado por la entropía social y el desorden. Se trataría de una sociedad "esencialmente ingobernable" (Streeck, 2017)

"jinetes apocalípticos": el crecimiento en retroceso, el aumento de la desigualdad y el endeudamiento. Nos enfrentamos a una "*multimorbidad*" en la que concurren diversos trastornos que se refuerzan mutuamente (Streeck, 2017, 28). Ni los "fontaneros" del sistema en Davos han mostrado capacidades significativas para controlar estos procesos, ni sus "oponentes" en Porto Alegre han presentado opciones de acción realistas. Pero el hecho de que no sepamos qué vendrá en

su lugar no es un impedimento para pensar su final. Este no depende de que dispongamos del diseño de una sociedad alternativa, ni de que exista un sujeto revolucionario dispuesto a construirla, sobre todo cuando la revolución neoliberal ha destruido no solo los sujetos colectivos, sino también la esperanza de reconstruirlos. Hasta ahora, los Estados y los agentes sociales que ponían coto a lógica del beneficio y del mercado han sido los que han contribuido decisivamente a salvar al capitalismo frente a sí mismo, a protegerlo de sus tendencias autodestructivas por medio de diferentes estrategias para "comprar tiempo" (Streeck 2016): la inflación, la deuda pública, la expansión de los mercados privados de crédito y la compra por parte de los bancos cen-

trales de deuda pública y pasivos bancarios. Pero, una vez neutralizadas las cortapisas que provenían de esos agentes sociales y abandonado a su propia lógica, el capitalismo avanza hacia su final. Con todo, lo que vendrá después de la crisis final del capitalismo no será un socialismo ecológico y solidario, sino un largo período de transición caracterizado por la entropía social y el desorden. Esta sociedad en interregno "sería una sociedad *desinstitucionalizada* o *infrainstitucionalizada*, en la que las expectativas sólo se pueden estabilizar durante un corto tiempo mediante la improvisación local y que, por esta razón, resulta esencialmente ingobernable" (Streeck, 2017, 29). Frente a los gramscianos optimistas que leen en términos de oportunidad el conocido diagnóstico sobre la época histórica en la que lo viejo agoniza, pero lo nuevo no puede nacer todavía, W. Streeck pone el acento en la advertencia nada optimista que el propio Gramsci realiza como resultado de su diagnóstico: "durante ese interregno se pueden dar fenómenos patológicos de la más diversa índole" (cit., Streeck, 2017, 54). A partir de la evolución de los procesos que conducen al final del capitalismo, lo esperable en el capitalismo desocializado o interregno postcapitalista es un triunfo del individualismo desorganizado y desprovisto de poder caracterizado por una lucha sin concesiones por la supervivencia.

4. Para **Robert Kurz**, impulsor de la teoría crítica de la sociedad que se conoce como *crítica del valor*, lo que convierte a las crisis que se han producido después de la II Guerra Mundial en signos de un estado final del capitalismo es la existencia de un límite interno del proceso social de valorización (Kurz, 2005). En esto se diferencia radicalmente del análisis de Streeck. Los conflictos de clase y de distribución, su expresión política o incluso los modos de regulación para integrar los avances tecnológicos, los recursos energéticos, la producción y la circulación de mercancías, etc. están sometidos a la lógica implacable del *proceso mismo de valorización*, que es la necesidad por antonomasia a la que nada ni nadie puede sustraerse en el capitalismo. La separación y autonomización de la esfera económica no es un rasgo que distinga al capitalismo "neoliberal", sino algo que caracteriza a la relación social del capital como forma de dominación abstracta. Y esa dominación abstracta posee el carácter de un "sujeto automático".

Que la dinámica que preside el proceso de valorización es una dinámica de crisis, de ciclos coyunturales o de quiebras y transiciones más o menos profundas es un dato empírico difícilmente cuestionable. Pero Kurz va más allá y afirma la existencia de un límite interno e insuperable en ese proceso de valorización de sí mismo, que va enfrentando como en una espiral ascendente las sucesivas crisis derivadas de la contradicción entre la dinámica ciega de desarrollo de la capacidad productiva y la transformación del trabajo abstracto en "valor agregado". El imperativo de hacer avanzar la productividad

en un marco de competitividad provoca la creciente sustitución tecnológica de la fuerza de trabajo y, por tanto, la pérdida de sustancia del capital (Kurz, 2012). La única manera de compensar esta pérdida ha consistido en realizar una expansión brutal no solo territorial, sino de crecimiento económico y de intensificación del aprovechamiento de los recursos naturales y humanos. Y, cuando dicha expansión se ha mostrado insuficiente, se ha buscado la compensación por medio de una expansión que podríamos denominar virtual (endeudamiento y burbujas financieras), que ha servido, a su vez, para alimentar artificialmente la débil "economía real".

Sin embargo, junto al motivo fundamental más evidente para que el modo habitual de compensación no pueda ser prolongado indefinidamente, esto es, junto al agotamiento de los recursos energéticos y a la destrucción del clima y el medio ambiente natural, Kurz atribuye una significación especial a la tercera revolución industrial y sus efectos sobre el empleo. No se trata del paro y la miseria que acompañan desde siempre al sistema capitalista, especialmente en las grandes crisis, sino de la constitución de un nivel cualitativamente nuevo de desempleo masivo estructural y de subempleo a escala mundial que va más allá del concepto marxiano de "ejército de reserva" y de sus cambios cíclicos de volumen. La escasa "ocupación" global provocada por el nivel de productividad alcanzado lleva a una escasa capacidad de explotación del capital o, lo que es lo mismo, a una escasa producción de plusvalía y a una insuficiente capacidad adquisitiva a escala mundial. "De esta manera se va levantado para la reproducción ampliada del capital aquel límite interno que, tras un tiempo de incubación a través de ciclos en el volumen de negocio (y de procesos de simulación financiera), se manifiesta finalmente en la superficie del mercado como una caída de las ventas" (Kurz, 2013, 70s), esto es, como un problema de realización del valor.

En este escenario, Kurz no confía en un "renacimiento de la política". Buena parte de las respuestas articuladas desde la izquierda refuerzan posiciones estatistas o subordinadas al Estado, y este se ha mostrado incapaz para regular la muerte definitiva del sistema. Además, el "reformismo" de izquierdas verá estrecharse su capacidad de maniobra en la misma medida en que la crisis de valorización reduzca la financiación de los Estados. Tampoco los intentos de reproducción "alternativa" restringida a un pequeño espacio (economía solidaria, mercados desmonetarizados, etc.) irán más allá de una función placebo.

Nada va a librarnos del colapso. Y lo que será posible después a las reducidas generaciones de sobrevivientes vendrá determinado por un derrumbe de los conocimientos, las capacidades, las técnicas culturales, las estructuras de información y comunicación producidas por bajo el dictado de la valorización del capital. Por eso resulta imposible anticipar la sociedad postcapitalista, por eso carece de sentido pretender pintarla como un mode-

lo positivo prediseñado, que no sería más que una anticipación de la falsa objetividad, que es la que debe ser abolida.

Caminos intransitables y callejones sin salida

Como hemos visto, existen razones de peso para contestar con un “no” la pregunta que nos hacíamos en el apartado anterior. A pesar de la capacidad mostrada hasta ahora por el sistema capitalista para renacer de sus propias cenizas, hay poderosos argumentos para pensar que esa capacidad muestra signos de agotamiento. En todo caso, la crisis ha revelado lo que podríamos llamar “caminos intransitables”, es decir, opciones que ya no están a nuestra disposición porque nos llevan a un callejón sin salida. Y, en la medida en que la reproducción del sistema capitalista no puede renunciar a esas vías –la del crecimiento, la del trabajo asalariado y la de producir población sobrante– en este apartado nos aproximamos a las razones de por qué el capitalismo *no debería* tener futuro, si es que ha de tenerlo la humanidad.

El callejón sin salida del crecimiento

A pesar de ser una evidencia difícilmente cuestionable –en un planeta finito no puede existir un crecimiento infinito del consumo de recursos–, las políticas económicas diversas o enfrentadas, coinciden, sin embargo, en la necesidad de recuperar el crecimiento, al que se añade la muletilla de “sostenible” para desactivar a los críticos, cuando en realidad está fuera de toda duda la incompatibilidad entre crecimiento y sostenibilidad. En los análisis dominantes de la crisis y en las estrategias para afrontarla, los límites ecológicos juegan en el mejor de los casos

La crisis ha revelado lo que podríamos llamar “caminos intransitables” que ya no están a nuestra disposición... La crítica habitual del “austericidio” por parte de la izquierda parece ciega a la amenaza de “ecocidio” que implica el crecimiento

solo un papel retórico. La crítica habitual del “austericidio” por parte de la izquierda parece ciega a la amenaza de “ecocidio” que implica el crecimiento. Para la derecha dicha amenaza simplemente no existe o es mera propaganda catastrofista de los enemigos del progreso. Prueba de ello es que, a pesar de que la cuestión ecológica está sobre la mesa al menos desde los años 1970 y el conocido informe del Club de Roma sobre *Los límites del crecimiento*, los problemas ecológicos como el cambio climático, la pérdida de biodiversidad y la amenaza de la vida marina no han dejado de agudizarse desde entonces

(Bardi, 2014). El discurso político y mediático se ha llenado de formulaciones eufemísticas y se han multiplicado las cumbres y los acuerdos sin cumplimiento, pero esas declaraciones chocan inexorablemente con los imperativos sistémicos del capitalismo, que son ciegos frente a los límites.

En realidad, una economía capitalista sin crecimiento económico es un oxímoron (Taibo, 2009). No existe reproducción ampliada del capital sin un crecimiento exponencial del empleo de fuerza de trabajo, energía y materias primas. Existe una correlación constatada entre la tasa de crecimiento de la economía global y la tasa de incremento del CO₂ atmosférico (Tapia Granados y Capintero, 2013). Por eso el modo de producción capitalista no puede resolver el problema del crecimiento que él mismo ha creado.

El intento de incorporar en el cálculo económico lo que hasta ahora se consideraban "externalidades" por medio de un capitalismo "verde" no es realmente viable (Tanuro, 2011). Y una pretendida solución tecnológica seguiría siendo ilusoria mientras estuviese sometida a la lógica de acumulación,

Es más probable que nos encontremos ante un escenario de decrecimiento originado por alteraciones catastróficas, que ante un horizonte de decrecimiento planificado racionalmente

pues hasta ahora, bajo esa lógica, los logros que mejoran la eficiencia en el uso de recursos son inmediatamente funcionalizados para producir y vender más, para acumular más y para seguir invirtiendo lo acumulado. Capitalismo significa crecimiento indefinido. Y ya hoy la colisión entre el desarrollo humano y la biosfera ha producido un des-

bordamiento de la huella ecológica respecto a la biocapacidad del planeta. Si nada cambia, la extralimitación ecológica alcanzaría 2,8 planetas en el 2050 (Prats, Herrero y Torrego, 2016, 48). Con todo, no se trata de la relación entre dos magnitudes separadas, la humanidad y la naturaleza. En realidad, el capitalismo es una forma de organización de la naturaleza configurada por la forma del capital, que es la que produce una externalización de la naturaleza y la convierte en objeto de dominación y explotación sin límite (Moore, 2015; 2017).

En este horizonte, la posibilidad de que el crecimiento se quede literalmente sin gasolina no representa una solución, dado que una escasez energética significativa quizás llegue demasiado tarde. Tampoco la alianza involuntaria entre la "estagnación secular" y el horizonte del decrecimiento produce ningún consuelo, ya que los efectos "positivos" de la estagnación no poseen suficiente impacto, al menos en los plazos que serían necesarios, para desactivar eficazmente los problemas ecológicos. La inercia del pasado y la escasez de tiempo no hacen sino agrandar las dudas sobre si será posible evitar las "alteraciones abruptas e irreversibles que podrían afectar catastró-

ficamente al clima y a los ciclos y ecosistemas que sostienen nuestra civilización” (Prats, Herrero y Torrego, 2016, 21).

Así pues, es más probable que nos encontremos ante un escenario de decrecimiento originado por alteraciones catastróficas, que ante un horizonte de decrecimiento planificado racionalmente. Para este último todavía resulta difícil imaginar una progresiva sustitución de las capacidades de producción agraria, industrial y de servicios actuales por medio del desarrollo de una producción de subsistencia de carácter local, de trabajos de reciclado y de actividades de asistencia mutua. Por muy atractivas que puedan parecer nuevas formas ecosociales de convivencialidad, una transición semejante solo parece posible tras el desastre.

En todo caso, la ruptura con los objetivos de crecimiento y con la lógica de acumulación de beneficios no parece escrita en la bandera de movimientos sociales con una capacidad de movilización social significativa. La posibilidad de trasladar a una praxis generalizada de decrecimiento las experiencias minoritarias y hasta ahora relativamente aisladas de cooperación en la producción y disfrute de bienes y servicios fuera de la forma mercantilizada, ya sea en educación, cuidados, uso colectivo de bienes o en el cultivo de infraestructuras y medios básicos de vida, es una posibilidad en el mejor de los casos muy limitada.

Finalmente, a la hora de abordar el callejón sin salida del crecimiento, conviene no dejar de lado la perspectiva que abre la crisis ecológica sobre el conflicto Norte-Sur. Por un lado, porque el rechazo del crecimiento no puede significar la perpetuación de la miseria a que se ven condenados millones de seres humanos sobre el planeta. Por otro lado, porque ya hoy los efectos de la crisis ecológica, en contraste con lo que afirma el discurso de la globalización, se reparten de manera completamente desigual. Asistimos a una crisis alimentaria precedida de una transformación capitalista de la agricultura que ha desplazado la agricultura tradicional por medio de la agroindustria, imponiendo los monocultivos orientados a la exportación y destruyendo las bases naturales de subsistencia de millones de personas del tercer mundo. Esto ha aumentado los flujos migratorios hacia las mega-ciudades en esos países, con enormes problemas de abastecimiento, salubridad, contaminación, saturación circulatoria, mega-chabolismo, etc.

A esto se ha unido una particular burbuja especulativa que afecta a productos agrícolas básicos para la alimentación de los más pobres a causa de la crisis energética. Las catástrofes naturales vinculadas al cambio climático, la erosión del suelo, la contaminación del agua o su creciente escasez, etc. son soportadas de manera completamente desigual por las masas empobrecidas de las periferias. Y esto también debe ser considerado cuando nos enfrentamos al callejón sin salida de crecimiento.

El callejón sin salida del trabajo asalariado

Otros de los referentes fundamentales en las estrategias dominantes de respuesta a la crisis estructural del capitalismo es la cuestión del empleo. Evidentemente nadie cuenta con un retorno al tipo de empleo que caracterizó la etapa del Fordismo, ni tampoco se espera alcanzar aquellos niveles de empleo que constituyen en realidad una excepción en la historia del capitalismo. Sin embargo, el empleo sigue siendo fundamental, por un lado, para sostener el proceso de valorización y acumulación y, por otro, para asegurar la reproducción de la existencia monetarizada de los individuos. Por eso está presente como objetivo en todo el espectro de las fuerzas políticas representativas. El problema, como hemos señalado más arriba, es que las condiciones de realización del valor determinan no solo las posibilidades de explotación de la fuerza de trabajo, sino también los límites de su remuneración directa e indirecta. Y lo que mejora las condiciones de realización del valor

La precariedad empieza a proyectarse como una sombra amenazante sobre el conjunto del trabajo asalariado... La situación de los individuos con baja cualificación es hoy realmente desesperanzadora

empeora su obtención en la esfera de la producción. La expresión de esta contradicción en su configuración actual es el desempleo estructural y la precarización de una parte creciente del empleo.

La palabra "precarización" hace referencia a un proceso de aumento de la inestabilidad, de incremento de la eventualidad, de desposesión de

medios, de crecimiento de la provisionalidad, de disolución de la titularidad, etc. que ha acompañado la crisis de valorización post-fordista. Dado que la construcción de identidades, pertenencias y proyectos vitales en el modo de integración de postguerra se realizaba a través de la relación laboral, la transformación posterior de esa relación ha sido el principal factor de inestabilidad, eventualidad, desposesión y provisionalidad, esto es, de precarización también existencial. Desde comienzos de los años 1990 no ha dejado de crecer en los países centrales del capitalismo la proporción de trabajadores en relaciones laborales precarias: formas de ocupación temporal, parcial o por medio de Empresas de Trabajo Temporal, autónomos forzados, mini-trabajos, ocupación informal o sumergida, remuneración parcial, etc. La precariedad empieza a proyectarse como una sombra amenazante sobre el conjunto del trabajo asalariado.

Lo que se hace patente es el carácter sustituible de los individuos, reducidos a meros apéndices de los procesos económicos. No sólo se han ido desmontando paso a paso los potenciales integradores del trabajo fordista, sino que los individuos se han visto expuestos a una creciente inseguridad

sobre su futuro, a una falta de reconocimiento que socava su autoestima, a la imposibilidad de desplegar un mínimo proyecto vital, etc.

La relación entre la actual crisis económica y la precarización resulta más que evidente: la tendencia a la precarización es la expresión visible de las estrategias radicalizadas para sostener la revalorización del capital. No es meramente una estrategia de distribución a favor de los capitalistas, que también, sino además una exigencia marcada por crisis de valorización. Junto a la precarización, también el paro estructural y masivo, así como el creciente número de demandantes de empleo que "sobran", aumentan la presión disciplinadora sobre los trabajadores y amplían el margen de maniobra del capital. Esta profunda transformación de las condiciones de vida y trabajo ha sido uno de los instrumentos fundamentales del intento fracasado de establecer un nuevo régimen de acumulación, pues es esa transformación la que permite recurrir de modo selectivo y rentable al potencial de la fuerza de trabajo.

Ciertamente, la situación de los individuos con baja cualificación es hoy realmente desesperanzadora, pero lo son también todas las posiciones sociales no aseguradas por un patrimonio y todas las que se apoyan en capacidades y cualificaciones profesionales, es decir, todas aquellas que pueden ser cuestionadas por las transformaciones económicas y tecnológicas forzadas por las necesidades de la acumulación. Todo ello introduce una creciente incertidumbre de alcance general en los procesos de cualificación y socava cualquier expectativa racional asociada a ellos.

Existe relativo consenso en atribuir a la tercera revolución industrial de las tecnologías de la información y comunicación (TIC) un papel decisivo en esta transformación. Al mismo tiempo que esta revolución permitía, como hemos visto, una transnacionalización más profunda y extensa de la producción, desplazando tramos enteros de la misma a las periferias con mano de obra barata, la robótica, la informática y la microelectrónica producían, por un lado, un retroceso general de la demanda de fuerza de trabajo y, por otro, hacían crecer la dualización del mercado de trabajo entre empleos altamente cualificados y bien remunerados y empleos de baja cualificación, precarizados y mal pagados. Dado que este proceso ha ido incluyendo progresivamente al sector terciario, a diferencia de las revoluciones tecnológicas anteriores, la tercera revolución abarca todos los sectores y pone a prueba la capacidad del sistema para compensar los aumentos de productividad con nuevos empleos, con incrementos de la demanda y con tasas suficientes de crecimiento económico.

Por un lado, las ventajas comparativas provenientes de la racionalización tecnológica duran menos tiempo y exigen inversiones cada vez mayores, por otro, la sustitución tecnológica de la fuerza de trabajo o la descualificación de una buena parte de ella no puede ser compensada con los nuevos nichos de empleo cualificado y mejor remunerado (Ortega, 2016,

117ss.). Y todo ello termina afectando a la demanda solvente, al crecimiento y a los beneficios. Sin embargo, aunque las esperanzas de una nueva ola de crecimiento vinculadas al avance de la digitalización de la producción, la distribución y el consumo no se hayan materializado (Staab, 2016), puede decirse sin temor a exagerar que las innovaciones tecnológicas de nueva generación van a significar una *Great Transformation* de universo laboral (Staab, 2015, 3-13). Los actuales procesos de digitalización están teniendo el mismo doble efecto sobre el empleo que anteriores revoluciones tecnológicas, numerosos puestos de trabajo se vuelven innecesarios y otros se devalúan (Frey y Osborne, 2013; Bowles, 2014), solo que ahora el sector servicios también se ve afectado. Con la expansión de las tecnologías digitales y el aumento del control tecnológico de las tareas, la amenaza que se cierne sobre el sector servicios es una nueva oleada de devaluación del empleo y de caída salarial.

Por todo esto, el trabajo asalariado se ha convertido en un callejón sin salida, tanto desde el punto de vista de la reproducción del capital, como desde el punto de vista de la integración social.

El callejón sin salida de la Gran Exclusión

No solo el horizonte del pleno empleo y de un empleo flanqueado de derechos sociales ha desaparecido de los discursos políticos y de las expectativas socialmente arraigadas en los países altamente industrializados, también el relato de una vía al desarrollo para las periferias del mundo que universalizaría el bienestar para el conjunto de la humanidad ha ido a parar al cajón de los trastos viejos. El desarrollismo socialdemócrata de posguerra, que pretendía hacer creer que la cooperación podría salvar el abismo de la desigualdad abierto por siglos de colonialismo, imperialismo y neocolonialismo, ha dejado paso a una defensa numantina de los privilegios acumulados y obtenidos mediante un sistema de apropiación de recursos naturales y humanos apoyados en la violencia militar y la dominación económica y política.

Esta actitud de defensa no es más que la cara subjetiva de una realidad objetiva: el imperialismo expansivo que incorporaba territorios y poblaciones al proceso de revalorización capitalista ha dejado paso a un imperialismo de exclusión para el que una masa creciente de individuos y territorios se convierten en inservibles para esa revalorización.

El sostenimiento de la acumulación exige hoy más bien formas de expropiación y saqueo que desencadenan movimientos de huida y desplazamientos masivos, pero el injustificable rechazo y el blindaje de las fronteras posee una razón objetiva en la misma crisis civilizatoria que pone de manifiesto la creciente imposibilidad de universalizar un bienestar mediado por la revalorización del capital (Maiso, 2017).

La expansión mundial del modo de producción capitalista produce y exige desigualdad en los centros y entre estos y las periferias, de modo que el bienestar y la riqueza de unos se basa en el malestar y la pobreza de los otros. Se trata de una desigualdad que tiene un origen estructural. El pacto social de posguerra tan solo permitió formas de "reconocimiento" de los sujetos nacionales de derecho restringidas a los centros del sistema capitalista en la medida en que favorecía el proceso de acumulación. Hoy esa integración asimétrica se ha desprendido incluso del discurso ideológico de la lenta aproximación entre centros y periferias, para aceptar sin ambages que, para muchos, dicha integración ya no puede asegurar la existencia, ni siquiera la que garantiza el interés de la explotación. No es que las periferias hayan dejado de tener valor para el sistema mundo capitalista, ya sea como espacios para trabajos sucios y mal pagados en los enclaves periféricos de la producción externalizada, como depósitos para residuos tóxicos, como reservorios de biodiversidad y materias primas valiosas, como "cordón sanitario" contra los flujos indeseados de migrantes, etc. Pero este valor de buena parte de las periferias en la sistema-mundo capitalista ya no alcanza para ofrecer una integración subordinada a una parte creciente de la humanidad (Bauman, 2005).

Como señala Jordi Maiso, la contradicción fundamental viene de la universalización de la mediación monetaria de la reproducción de la vida y de la disminución de la cantidad de trabajo que puede ser empleada rentablemente. La integración por el trabajo está en crisis en los centros, no solo por los niveles de desempleo, sino porque el empleo cada vez es menos capaz

de sostener el sistema social de seguridad. Los mendigos sin techo, cada vez más numerosos en las calles de nuestras ciudades, se han convertido en una especie de *memento mori* anónimo que recuerda si no ya la muerte física, sí el horizonte de la muerte social que significa la condición de "vida sobrante". El efecto "ascensor" que dominaba en el capitalismo de prosperidad fordista se ha transformado en un efecto tobogán (García Roca, 2012, 105), que convierte a los acontecimientos más o menos habituales en las trayectorias biográficas o profesionales de cualquiera en motivos de una caída en el infierno de la exclusión. Privación, desvinculación e insignificancia levantan un muro cada vez más infranqueable para un número cada vez mayor de personas.

En las periferias, allí donde la "normalidad" capitalista solo muy limitadamente pudo ofrecer algún tipo de sistema de seguridad, la capacidad para asegurar la supervivencia pasa de modo creciente por formas absolutamente precarias de obtener algún ingreso en la economía informal (casi el 50% en

El imperialismo expansivo que incorporaba territorios y poblaciones al proceso de revalorización capitalista ha dejado paso a un imperialismo de exclusión, para el que una masa creciente de individuos y territorios se convierten en inservibles para esa revalorización

el América Latina y África Subsahariana) o incluso en economías de subsistencia al margen de la relación monetarizada. En estos momentos más de dos tercios de la desigualdad total se deben a la ubicación (Milanovic, 2012). Asistimos a un desentendimiento y un abandono de las zonas devastadas por una mezcla de violencia económica, bélico-militar y ecocida. Las masas de desplazados que produce esta violencia son percibidas como amenaza y rechazadas. La mal llamada "crisis de los refugiados" en Europa es uno de los exponentes más claros de hasta dónde están dispuestos a llegar los Estados y las ciudadanía del mundo rico para entregar a su suerte a los que huyen de la miseria y la violencia extremas (Zamora, 2016; 2017). El régimen actual de acumulación sólo da para unos pocos. Eso es lo que realmente expresan los eslóganes xenófobos que encuentran cada vez más eco en las opiniones públicas europeas: "*La France pour les Français!*" "*Deutschland zuerst!*" "*America first!*". La multiplicación de los muros entre la riqueza y la pobreza son una manifestación de la violencia que va a ser precisa para mantener a raya a la "humanidad sobrante". Los que corean esos eslóganes xenófobos no saben o no quieren saber que esa transformación y proliferación de fronteras (administrativas, sanitarias, de protección social, etc.) indica una evolución que terminará incluyéndolos, en el sentido de que también una parte creciente de los antiguos sujetos nacionales de derecho se va a ver afectada por el destino de la "humanidad sobrante". Es posible que, a medio plazo, la cotidianeidad en Europa termine caracterizándose por una forma de "geografía elástica" con campos de internamiento, guetos, zonas especiales o de acceso limitado para ricos, etc.

Las políticas migratorias europeas y las zonas de muerte que han creado en sus fronteras muestra con toda claridad que los grandes principios de la modernidad política como ciudadanía, derechos humanos, democracia y humanismo no pueden universalizarse en una sociedad capitalista, pues sus formas de configurar lo social producen un vuelco entre medios y fines por la que la reproducción de la vida depende del proceso de revalorización del capital. En este sentido, resulta inaceptable una concepción de la sociedad o la economía que eleva el mercado y su funcionamiento sin cortapisas ni restricciones a criterio último de la actividad económica, justificando desde él el estado de postración de millones de seres humanos, minimizando los sufrimiento de los excluidos, funcionalizando la muerte de tantos inocentes en aras de un progreso global supuestamente benefactor a largo plazo o sometiendo el valor inalienable de la vida digna para todos a la lógica del capital, indiferente a lo que no sea su propia autorreproducción. Dicha reproducción se ha convertido ya en un callejón sin salida para la reproducción de la población global.

Transiciones postcapitalistas

Abordar en este horizonte la cuestión de las transiciones postcapitalistas se ha vuelto al mismo tiempo lo más urgente y lo más complicado. Evitar la cuestión y quedarse en un diagnóstico del colapso y la desintegración social, por mucho que esto sea lo más probable, tampoco puede dejar tranquilos a quienes entienden que la teoría social no puede desentenderse de la transformación de la sociedad. Aunque no falten razones para pensar que lo que vendrá después de la crisis final del capitalismo no será un socialismo ecológico y solidario, sino un largo período de transición caracterizado por la entropía social y el desorden, resulta obligado agotar todos los esfuerzos teóricos y prácticos para que sea posible la primera opción. En todo caso, lo que la crisis actual parece haber hecho patente es que un retorno al “capitalismo social” de los años 1950-60 (o a su representación idealizada), es decir, a los buenos

salarios y el pleno empleo, el Estado asistencial y las políticas de igualdad de oportunidades, etc. –quizás ahora flanqueado por un potente tercer sector solidario, algo de economía ecológica y más participación ciudadana–, ya no va a ser posible. Y todavía menos extender ese “capitalismo social” al conjunto de la humanidad. Y no porque ese capitalismo ciertamente idealizado no sea mejor en algunos aspectos que el actual. La cuestión es que ya no será posible, dados los límites internos y externos del sistema. Sin abandonar las luchas de reparto, sobre todo dada la gravedad del expolio y la exacerbación de las desigualdades, es preciso encaminar los esfuerzos a poner las bases sociales y culturales de una organización de la producción y la reproducción más allá de la valorización y el Estado capitalistas. Lo que viene a continuación no son más que unos apuntes de carácter general que necesitarían un mayor despliegue. Dejamos pendiente una cuestión fundamental para no desbordar los límites de esta contribución y es la que tiene que ver con la forma y el contenido de la política.

La cuestión del (los) sujeto(s)

Las relaciones económicas en las que están insertos los sujetos de las sociedades burguesas desarrolladas determinan el proceso vital y la conciencia de los actores sociales. En ellas se configura su individualidad. Es un hecho difícilmente cuestionable que las estructuras objetivas de clase han dejado ser accesibles a la experiencia superficial de esas relaciones. La formación de una conciencia de clase como condición de posibilidad de una

Sin abandonar las luchas de reparto, dada la gravedad del expolio y las desigualdades, es preciso encaminar los esfuerzos a poner las bases sociales y culturales de una organización de la producción y la reproducción más allá de la valorización y el Estado capitalistas

transformación consecuente de las relaciones sociales por medio de una acción consciente de los sujetos asociados suena hoy a reliquia de tiempos pretéritos no reeditables. Hace mucho que las masas y sus organizaciones – partidos y sindicatos– se transformaron en “sociedad civil” y se integraron en su entramado institucional. Una de las “herencias” del periodo de acumulación acelerada y de los Estados sociales es sin duda que dichas organizaciones encontraron cobijo y se instalaron en el seno de la “economía social de mercado” y centraron sus estrategias en las luchas de reparto, dejando

La agudización de las contradicciones entre el contenido de las necesidades de los individuos o las colectividades y su sometimiento a la valorización del capital, representa una oportunidad para que las luchas inmanentes al capitalismo puedan transformarse en luchas por trascenderlo

de lado la cuestión del sistema mismo, de modo que la crisis del Fordismo les cogió con el pie cambiado.

Es más, el ala socialdemócrata de la izquierda, ala mayoritaria y única con poder político o sindical real, se sometió sin resistencias significativas a las condiciones sociales y económicas dictadas por la crisis y entregó la dirección del proceso político y económico a las fuerzas neoliberales. Aunque la crisis de comienzos del siglo

XX, la llegada al poder de los fascismos en Europa y la II Guerra ya habían enterrado la esperanza en el proletariado como sujeto revolucionario, la mencionada evolución de posguerra debería hacer reflexionar sobre la problematicidad del concepto mismo de sujeto que hemos asociado a los proyectos emancipadores. No se puede dar por supuesta la autonomía del pensamiento y de la acción de individuos o grupos que reproducen su existencia bajo las condiciones de las formaciones sociales capitalistas. Por eso, mientras que es posible determinar objetivamente los mecanismos ciegos del capital, no ocurre lo mismo con la liberación de esa falsa objetividad.

En el capitalismo no existe ningún grupo predeterminado objetivamente con la misión de trascenderlo. Los sujetos de la emancipación se constituyen a través de los procesos reales de la misma emancipación, que se articulan en torno a las contradicciones entre el contenido de las necesidades de los individuos o las colectividades y de los supuestos sociales y naturales de su materialización, por un lado, y, por otro, su sometimiento a la valorización del capital, cuyos efectos más destructivos se hacen sentir especialmente en las crisis. Solo en este sentido, la agudización de dichas contradicciones representa una oportunidad para que las luchas sociales inmanentes al capitalismo puedan transformarse en luchas por trascenderlo.

En la constitución y consolidación de los procesos de emancipación es preciso atender a las principales líneas de conflicto: la destrucción de las bases ecológicas de la vida humana (patrimonio natural común: recursos,

clima, agua, paisaje, mares, etc.); la fragmentación y destrucción tendencial del patrimonio social y cultural (trabajo, cultura, salud, solidaridad, libre comunicación, dignidad y reconocimiento, etc.), la erosión de los fundamentos normativos e institucionales de la democracia (limitación de los derechos humanos, crecimiento del control y la represión policial, cooptación de los poderes públicos por los grupos de interés, etc.); las crecientes dificultades para asegurar las tareas de reproducción social, de las relaciones entre lo laboral y lo privado, de las relaciones de género, de los desarrollos urbanos, de los sistemas educativos y los cuidados sanitarios; etc.

Estas líneas de conflicto son los espacios sociales de politización y de experimentación de alternativas colectivas orientadas a la transformación profunda y la superación del sistema capitalista, siempre que no se pierda de vista el vínculo entre dichas líneas de conflicto y la forma fundamental de constitución de lo social que llamamos "capital". Solo así se puede evitar el peligro de la falsa inmediatez y la ilusión de estar generando alternativas mientras se deja de lado esa forma fundamental.

Para ello resulta decisiva la cuestión de cómo se expresan en la superficie de la sociedad las relaciones de dominación, cómo son experimentadas por los individuos y dónde se encuentran las fisuras y grietas en las que, a pesar de todos los dispositivos ideológicos y de la industria cultural, las formas míticas de la superficie se desenmascaran a sí mismas y pierden su aparente carácter cerrado. De todos modos, no conviene olvidar que la agudización de las tensiones también alberga potenciales regresivos y desintegradores más que amenazantes. Las falsas salidas autoritarias, xenófobas, chovinistas e insolidarias no han dejado de ganar adeptos desde la irrupción de la crisis. Por eso, es conveniente considerar los posibles escenarios en los se pueden desarrollar los conflictos sociales y las posibles luchas que desencadenen.

Escenarios posibles – alternativas deseables

En otro texto aparecido en esta revista me refería ya a una serie de escenarios previsibles (Zamora, 2015, 43ss), tal como han sido presentados en diferentes contribuciones a la investigación crítica sobre el concepto de *transformación* promovidos por la Fundación Rosa-Luxemburg (Klein, 2013, Brie, 2014, 2015a y 2015b). La elaboración de dichos escenarios posee solo un valor heurístico y, en la medida en que combinan procesos estructurales y estrategias de reacción a los mismos por diferentes grupos sociales, incluyen una enorme dosis de incertidumbre. Con todo, no carecen de todo valor, en la medida que evitan una formulación de alternativas deseables desconectadas de las tendencias sociales realmente existentes.

1. Un primer escenario viene representado por la prolongación de un desarrollo bajo la hegemonía del capitalismo altamente financiarizado que ha

conducido a la crisis, cuya tendencia a la vista de una agudización de los problemas que hemos señalado más arriba apunta hacia un **neoliberalismo autoritario**, esto es, con formas de integración que recuerdan al fascismo, incluida la persecución y criminalización de la minorías excluidas y debilitadas. Con todo, tampoco se puede excluir que algunas fracciones del capital se muestren dispuestas a hacer concesiones para asegurar un consenso pasivo de las poblaciones.

2. En esta dirección apuntaría un escenario que podríamos describir como **capitalismo verde**. Lo fundamental consistiría en un giro de las inversiones hacia la modernización ecológica y hacia nuevas formas de energía. Es imaginable que ciertos sectores del sistema productivo verían aquí la oportunidad de un nuevo ciclo de acumulación e inversión rentable (industrias energéticas, constructoras de infraestructuras, empresas info-bio-nano-tecnológicas, etc.). El objetivo seguiría siendo supeditar las transformaciones ecológicas a la lógica de la acumulación, tiñéndola de verde. Es dudoso que por esa vía se desactive realmente la amenaza de colapso ecológico, se reduzcan drásticamente las desigualdades y se resuelva la crisis de rentabilidad para el conjunto del sistema.

3. Para afrontar estos déficits podría producirse otro escenario que radicalizara la transformación ecológica del sistema productivo, otorgando un mayor papel al Estado, descentralizando las soluciones ecológicas, introduciendo una mayor reglamentación del mercado y del consumo e involucrando a las organizaciones sociales y políticas de manera más intensa. Estaríamos ante el escenario de un **Green New Deal** cuya viabilidad resulta problemática dada la contradicción entre los objetivos que se marcaría y el mantenimiento del modo de producción capitalista.

4. En resumen, en ninguno de estos escenarios es posible encontrar una salida a los tres callejones descritos en el apartado anterior. Por más que sea un escenario por ahora improbable, afrontar los retos señalados exige una **transformación social-ecológica** del sistema social que permita poner las bases para una transición postcapitalista: planificación global de recursos y materias primas y prescripción de límites de volumen, democracia económica y planificación descentralizada y participativa, descentralización, comunalización y desglobalización, formas diferentes de socialización, ampliación de lo público (de las infraestructuras sociales), redistribución global, políticas industriales y transiciones justas, socialización de la función de inversión, redistribución del reparto social y de género del trabajo, transición a una economía socialista y verde de reproducción más allá del crecimiento.

Si la agudización de los efectos sociales, económicos y ecológicos del proceso de valorización abren una ventana de oportunidad a esta transformación social-ecológica o conducen a la entropía social y el caos, es algo que no puede ser anticipado por la teoría.

¿Transformaciones en el capitalismo para ir más allá del capitalismo?

Si ha de evitarse tanto un continuismo (más o menos enmascarado de supuestas reformas) como una proyección utópica, al mismo tiempo que la ilusión de inmediatez que positiviza pequeñas iniciativas solidarias como células germinales de un nuevo orden, es preciso encontrar de dónde se puede partir en medio de las condiciones de las formas de crecimiento obsesivo de la economía capitalista y de las relaciones sociales con la naturaleza hasta ahora hegemónicas y, sobre todo, hacia dónde orientar los pasos. Quienes optan por una gran *transformación* defienden un tipo específico de cambio social que pretende ir más allá de cambios puntales o parciales en el sistema, pero que no los desdeña como apoyo para un cambio de sistema (Brie, 2014).

Si la agudización de los efectos sociales, económicos y ecológicos del proceso de valorización abren una ventana de oportunidad a esta transformación social-ecológica o conducen a la entropía social y el caos, es algo que no puede ser anticipado por la teoría

Este tipo específico de cambio pretende una reconfiguración de los modelos de desarrollo y de las formaciones sociales en todas sus dimensiones: económicas, políticas, sociales y culturales, es decir, cambios profundos de estructuras esenciales, de instituciones, de modelos sociales y culturales, formas de vida social, etc. Está movido por una voluntad política de cambio social y va más allá de un cambio en el orden político-institucional. Une la dimensión intencional y de intervención consciente con la dimensión de desarrollo evolutivo de dinámicas objetivas o sistémicas. Supone un cambio de la correlación de fuerzas y la intervención efectiva sobre el régimen de acumulación y regulación existente, manteniendo, ampliando y desarrollando la democracia.

Esto supone anuar procesos de destrucción, de transición y de nueva constitución de tipos de órdenes sociales, de formas de desarrollo socio-económico y socio-cultural, así como la interacción de procesos intencionales, de intervención, a largo plazo y conflictivos con procesos de búsqueda, experimentación y aprendizaje presididos por una dinámica propia (no planificables). La transformación a la que nos referimos es resultado tanto de causas e impulsos endógenos (conflictos, crisis y tensiones sociales y económicas) como de las contradicciones del sistema e impulsos o acontecimientos exógenos. No existe una única forma de realización, sino una pluralidad de formas con diferentes duraciones y ritmos. Un signo del avance de este tipo de cambio social

será tanto la transformación de las condiciones sociales marco (que dificulten una vuelta atrás) como el establecimiento de nuevos actores protagonistas del cambio. En definitiva, la institucionalización de reglas y la consolidación de instituciones nuevas y diferentes con proyección hacia el futuro.

Auto-reproducción del capital - Reproducción de la vida

También en un modo de producción como el capitalista se producen actividades reproductivas que solo muy limitadamente pueden quedar subsu-

El cuestionamiento del patriarcado productor de mercancías significa cuestionar un modelo civilizatorio asociado al "género masculino" como "género del capitalismo"... lo que está en juego en la lucha feminista es el modelo civilizatorio mismo

midadas por la lógica de valorización y que son realizadas sobre todo por las mujeres. A esas tareas reproductivas están asociadas un conjunto de sentimientos, actitudes y cualidades identificadas como femeninas (cuidado, sensualidad, emocionalidad, etc.). La escisión respecto a la forma del valor/trabajo abstracto, sin embargo, no las hace menos necesarias para la valorización y no dejan de verse afectadas

por ella.

Reproducción del capital y reproducción de la vida siguen dos lógicas temporales contrapuestas. Y la lógica temporal de la valorización socava crecientemente las condiciones de la reproducción social feminizada. Algo que experimentan especialmente las mujeres que soportan la doble socialización del trabajo abstracto y las tareas reproductivas. La responsabilidad del ámbito de la reproducción imputada a las mujeres de modo coactivo, socialmente menos valorada y no presentable en dinero necesita de un orden simbólico, cultural y psicosocial de carácter patriarcal. Sin embargo, para universalizar y distribuir dicha responsabilidad no basta con incorporar a las mujeres a la esfera del trabajo abstracto, sino que es preciso abordar la escisión misma entre la producción capitalizada y la reproducción de la vida feminizada.

El cuestionamiento del patriarcado productor de mercancías significa cuestionar un modelo civilizatorio asociado al "género masculino" como "género del capitalismo" (Scholz, 2000, 2013). La opresión de las mujeres, su marginación y su postergación social es una de las condiciones de posibilidad más fundamentales de ese modelo civilizatorio. Más allá de los cambios que se producen en la representación de género, sean más o menos progresistas o regresivas, lo que está en juego en la lucha feminista es el modelo civilizatorio mismo.

La mera afirmación de los elementos que constituyen el ámbito feminizado de la reproducción como fuente de una nueva sociedad, pero sin remo-

ver la forma del valor y del trabajo abstracto junto a su orden simbólico de competitividad, beneficio y rendimiento, estará condenada al fracaso. Las transiciones postcapitalista exigen desentrañar las contradicciones y entrecruzamientos de las dinámicas de dominación inscritas tanto en las estructuras como en los sujetos. La centralidad de la crítica y la praxis feminista proviene de su focalización en las contradicciones crecientes de la socialización capitalista localizadas en la tensión entre la lógica capitalista del crecimiento y la rentabilidad, por un lado, y la lógica del cuidado propia de la reproducción social y la regeneración de la naturaleza.

Nueva "política de lo social"

En las transiciones postcapitalistas no podemos olvidar al Estado social. Este ya no se puede apoyar exclusivamente en un supuesto inexistente: en derechos derivados de una relación salarial segura, estable y duradera, así como en una política social administrada burocráticamente. Es necesario pensar en una política social desvinculada del trabajo asalariado, una política social focalizada en la producción de una infraestructura social que sirva de palanca para ampliar el concepto de trabajo y acabar con el fetiche del trabajo asalariado. Es decir, habría que pensar una transición desde unas políticas sociales convencionales hacia una nueva "política de lo social", precisamente a partir de aquellos espacios sociales y de aquellos sujetos que son abandonados por las políticas sociales dominantes por "inintegrables", "sobrantes", etc.

Esa política de lo social habría de orientarse en primera línea a fomentar en los afectados la competencia para descifrar sus situaciones y problemas cotidianos, para explorar aquellos elementos de su capacidad de trabajo opuestos a la lógica de valorización capitalista, pero fundamentales para su realización y para su capacidad de cooperación. Se trataría de aquellos elementos que pueden constituir puntos de partida específicos de procesos de producción volcados en la realización de lo común y vinculados con intereses vitales concretos. Políticas de lo social de los productores y productoras y desde ellos. Evidentemente estas políticas de lo social necesitan de grupos interesados y capaces de propagar socialmente otras formas de vida y de realizarlas de manera iniciaría en diferentes formas de praxis.

Ya no se trata de crear recursos, de dotarlos de personal (experto) y de programar actividades, y de financiarlas con cargo a los presupuestos del Estado, sino más bien de identificar y promover los procesos comunitarios que involucren a los actores en el desentrañamiento de las situaciones y los problemas que afectan a sus vidas, en la generación y sostenimiento de las formas de organización independiente necesarias para la búsqueda de respuestas, en la movilización de capacidades y medios necesarios para la producción del bienestar y la reproducción de la comunidad. De esta manera se

pueden ir reconquistando actividades, espacios, medios, bienes y servicios y liberándolos de la forma mercantil de su producción y reproducción y, por lo tanto, de las coacciones que dicha forma impone, desde la continua aceleración a la rentabilidad puramente económica o desde la desigual distribución a la subordinación a objetivos de dominación.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvater, E. (2010), *Der große Krach: oder die Jahrhundertkrise von Wirtschaft und Finanzen, von Politik und Natur*. Münster: Verlag Westfälisches Dampfboot.
- Alvater, E. (2012), *El fin del capitalismo tal y como lo conocemos*. Madrid: El Viejo Topo (orig. alem. 2005).
- Bardi, U. (2014), *Los límites del crecimiento retomados*. Madrid: Catarata.
- Bauman, Z. (2005), *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.
- Bowles, J. (2014). The computerisation of European Jobs <http://bruegel.org/2014/07/the-computerisation-of-european-jobs/> [acceso 14.9.2017]
- Brie, M. (ed.) (2014), *Futuring. Perspektiven der Transformation im Kapitalismus über ihn hinaus*. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- Brie, M. (ed.) (2015a), *Mit Realutopien den Kapitalismus transformieren?* Hamburg_ VSA.
- Brie, M. (ed.) (2015b), *Lasst uns über Alternativen reden*. Hamburg: VSA.
- Castells, M. (1997), *La Era de la Información. Vol. I: La Sociedad Red*. Madrid: Alianza.
- Castells, M. (2006), *La Sociedad Red*. Madrid: Alianza.
- Frey, C. B. y Osborne, M. (2013), The future of Employment: How Susceptible are Jobs to Computerisation? http://www.oxfordmartin.ox.ac.uk/downloads/academic/The_Future_of_Employment.pdf [acceso 14.9.2017]
- García Roca, J. (2012), *Reinvención de la exclusión social en tiempos de crisis*. Madrid: Cáritas/FOESSA.
- Klein, D. (2013), *Das Morgen tanzt im Heute. Transformation im Kapitalismus und über ihn hinaus*. Hamburg: VSA.
- Krugman, P (2013), Secular Stagnation, Coalmines, Bubbles, and Larry Summers, *New York Times*, 16. Noviembre. <https://krugman.blogs.nytimes>.

com/2013/11/16/secular-stagnation-coalmines-bubbles-and-larry-summers/?_r=3

- Kurz, R. (2005), *Das Weltkapital. Globalisierung und innere Schranken des modernen warenproduzierenden Systems*. Berlin: Tiamat.
- Kurz, R. (2012), *Geld ohne Wert*. Berlin: Horlemann.
- Maiso, J. (2017), *La Gran Exclusión. La población 'sobrante' y el futuro del capitalismo*. Ponencia inédita realizada el 8 de septiembre en el Seminario de Investigación del Proyecto de I+D „Sufrimiento social y condición de víctima: dimensiones epistémicas, sociales, políticas y estéticas“ (FFI2015-69733-P), financiado por el Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia.
- Milanovic, B. (2013), “Global Income Inequality in Numbers: in History and Now”, *Global Policy*, 4/2, 198-208.
- Moore, J. W. (2015), *Capitalism in the Web of Life. Ecology and the Accumulation of Capital*, London: Verso.
- Moore, J. W. (2017), *Antropoceno o Capitaloceno? Scenari di ecología-mondo nell'era della crisi planetaria*. Verona: ombre corte.
- Ortega, A. (2016), *La imparable marcha de los robots*. Madrid, Alianza.
- Piketty, Th. (2014), *El capital en el siglo XXI*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Prats, F., Herrero, Y. y Torrego, A. (2016), *La Gran Encrucijada. Sobre la crisis ecosocial y el cambio de ciclo histórico*. Madrid: Libros en Acción.
- Roberts, M. (2016), *La Larga Depresión. Cómo ocurrió, por qué ocurrió y qué ocurrirá a continuación*. Madrid: El Viejo Topo.
- Scholz, R. (2000), *Das Geschlecht des Kapitalismus. Feministische Theorien und die postmoderne Metamorphose des Patriarchats*. Horlemann Verlag: Bad Honnef.
- Scholz, R. (2013), “El patriarcado productor de mercancías. Tesis sobre capitalismo y relaciones de género”, *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 5, 44-80.
- Staab, Ph. (2015), *The Next Great Transformation. Mittelweg* 36, 6, 3-13.
- Staab, Ph. (2016). *Falsche Versprechungen. Wachstum im digitalen Kapitalismus*. Hamburg, Hamburger Edition.
- Stieglitz, J. (2014), *El precio de la desigualdad. El 1 % de población tiene lo que el 99 % necesita*. Madrid: Taurus.
- Streeck, W. (2016), *Comprando tiempo La crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Barcelona: Katz.
- Streeck, W. (2017), *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*. Madrid: Traficantes de Sueños.

- Taibo, C. (2009), *En defensa del decrecimiento. Sobre capitalismo, crisis y barbarie*. Madrid: Libros de la Catarata.
- Taibo, C. (2016), *Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo*. Madrid: Libros de la Catarata.
- Tanuro, D. (2011), *El imposible capitalismo verde: del vuelco climático capitalista a la alternativa ecosocialista*. Torrejón de Ardoz: Oveja Roja.
- Tapia Granados, J. A., y O. Carpintero, (2013), "Economic aspects of climate change", *Journal of Crop Improvement*, 27/6, 693-734.
- Wallerstein, I. (2010), "Crisis estructurales", *New Left Review*, 62, 127-136.
- Zamora, J. A. (2015), "Entre la indignación y el voluntarismo: límites sistémicos y posibilidades políticas", *Iglesia viva: revista de pensamiento cristiano* 261, 31-52.
- Zamora, J. A. (2016), "Grenze und Gewalt: Neue Todeszonen in Europa", en Th. Becker / A. Harasser / J. Hayner / A. Kellermann (eds.): *Grenzsteine. Beiträge zur Kritik der Gewalt*, München: Text+Kritik, 97-106.
- Zamora, J. A. (2017), "Los movimientos migratorios de los refugiados: un análisis a la luz de la teoría crítica", *Revista Eletrônica de Educação*, v.11, n.2, jun./ago., 303-315.